

José María Velasco en la Exposición Universal de París

A mediados del siglo XIX, la fabril y congestionada ciudad de Londres fue destinada a realizar la primera Exposición Internacional; un gran evento donde Inglaterra intentó destacar en su desarrollo industrial y artístico, declarando a la opinión pública que dicho desarrollo era resultado de su política de libre mercado y que se basaba en su sistema democrático y en la coexistencia pacífica con otros países industrializados de Europa.

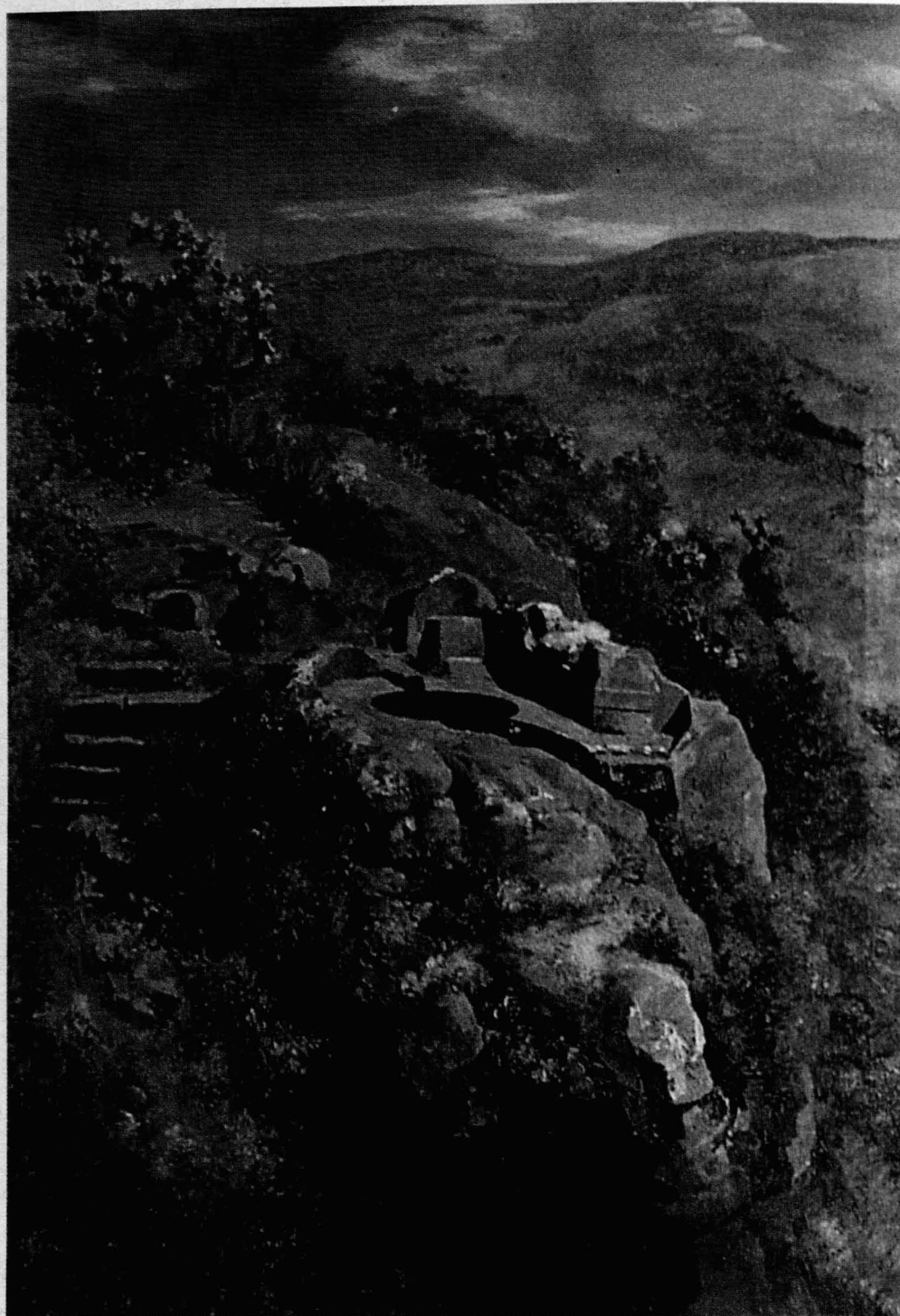
El magno edificio principal de la Exposición de Londres, el Palacio de Cristal, obra de Joseph Paxton, dio cabida a avances industriales revolucionarios, testimonios de una tradicional sociedad inglesa que comenzaba a automatizarse, especialmente a partir de una tradición tecnológica interesada en las exposiciones industriales. Cabe recordar que, en 1761, la Sociedad de Artes de Londres había adquirido las máquinas premiadas en concursos locales que se organizaban anualmente en toda Inglaterra a fin de ser un preciado incentivo para los inventores. Con el tiempo, la acumulación de estas máquinas en los almacenes de la sociedad y el éxito de las exposiciones fue motivo para organizar exhibiciones más completas, para las cuales se buscó un edificio permanente y mejor acondicionado. De esta manera, el público visitante podría encontrar reunidas en una misma sala aquellas máquinas testigos del decisivo desarrollo industrial de Inglaterra.

La concurrida asistencia y la importancia del evento como impulsor de la industria inglesa no tardaron en trascender. En París, se organizaron bazares localizados en el Hotel d'Orsay que, al tener un gran éxito popular, se continuaron realizando no sólo en Francia e Inglaterra sino también en otros países de Europa interesados en convertir el acontecimiento en propaganda nacionalista ante la competencia industrial.

En 1889 Francia quería demostrar al mundo su industrialización y recuperación económica, y organizó en París una Exposición Universal, para la cual se edificaría un conjunto arquitectónico espectacular que ofreciera a los países participantes amplias galerías de exhibición. El gobierno francés pensó en un magno evento, y distribuyó por todo París, en los bulevares y escaparates de los grandes almacenes comerciales, así como en las fachadas de los edificios públicos y administrativos, carteles alusivos a la Exposición, en los cuales se encontraba ilustrada una vista del monumental conjunto arquitectónico, destacándose el edificio de la Industria, la Minería y la Administración. La Torre Eiffel, también construida para la muestra, se convirtió no sólo en símbolo de la Exposición, sino también de toda la ciudad. Sus 300 metros de altura llenaron de admiración a los visitantes, que pudieron contemplar desde su mirador los confines de la Ciudad Luz.

Entre los países participantes se encontraba México, que se presentó en diversos campos, como el de bellas artes, educación, agricultura, industria y alimentos. Cada uno de ellos estuvo a cargo de destacadas personalidades de la cultura y política nacionales. El Ministerio de Fomento nombró al afamado pintor José María Velasco, jefe del Grupo de Bellas Artes, y lo distinguió, además, con el encargo de representar a México ante el Congreso Internacional para la Conservación de Monumentos que se llevaría a cabo en París en forma simultánea a la Exposición.

A principios de mayo de 1889, Velasco arribó a París acompañado del mayor de sus hijos, Francisco, quien tenía 20 años. A los pocos días de su llegada, el artista inició la dirección de



José María Velasco, *Baño de Nezahualcóyotl*, 1878, óleo/tela, Col. MUNAL

los trabajos en las salas de exposición de arte mexicano que, para efectos del evento, se dividieron en cuatro clases: cuadros y acuarelas, pinturas diversas y dibujos, escultura y grabado de medallas, arquitectura, y grabado y litografía.

La colocación de la exposición de bellas artes se llevó a cabo en el pabellón mexicano diseñado por el arquitecto Antonio M. Anza y el arqueólogo Antonio Peñafiel; fue inaugurado el 22 de junio a las nueve de la noche durante una ceremonia oficial solemne acompañada de discursos, de La Marsellesa y el Himno Nacional mexicano. Originariamente las bellas artes mexicanas iban a exhibirse en el Palacio de Bellas Artes de la Exposición junto con todos los demás países participantes; sin embargo, tal fue la cantidad de obra reunida en general, que el espacio destinado resultó insuficiente, y todos los países americanos, excepto los Estados Unidos, que ocupó tres galerías en la sección extranjera de este edificio, tuvieron que presentarlas en sus pabellones nacionales. Esta situación complicó la labor de pre-



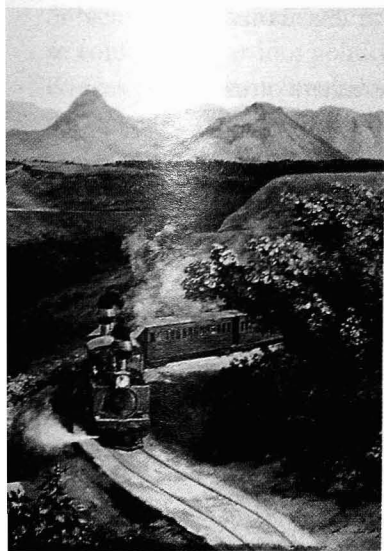
José María Velasco, *Pirámide del sol*, 1878
óleo/tela, Col. Particular



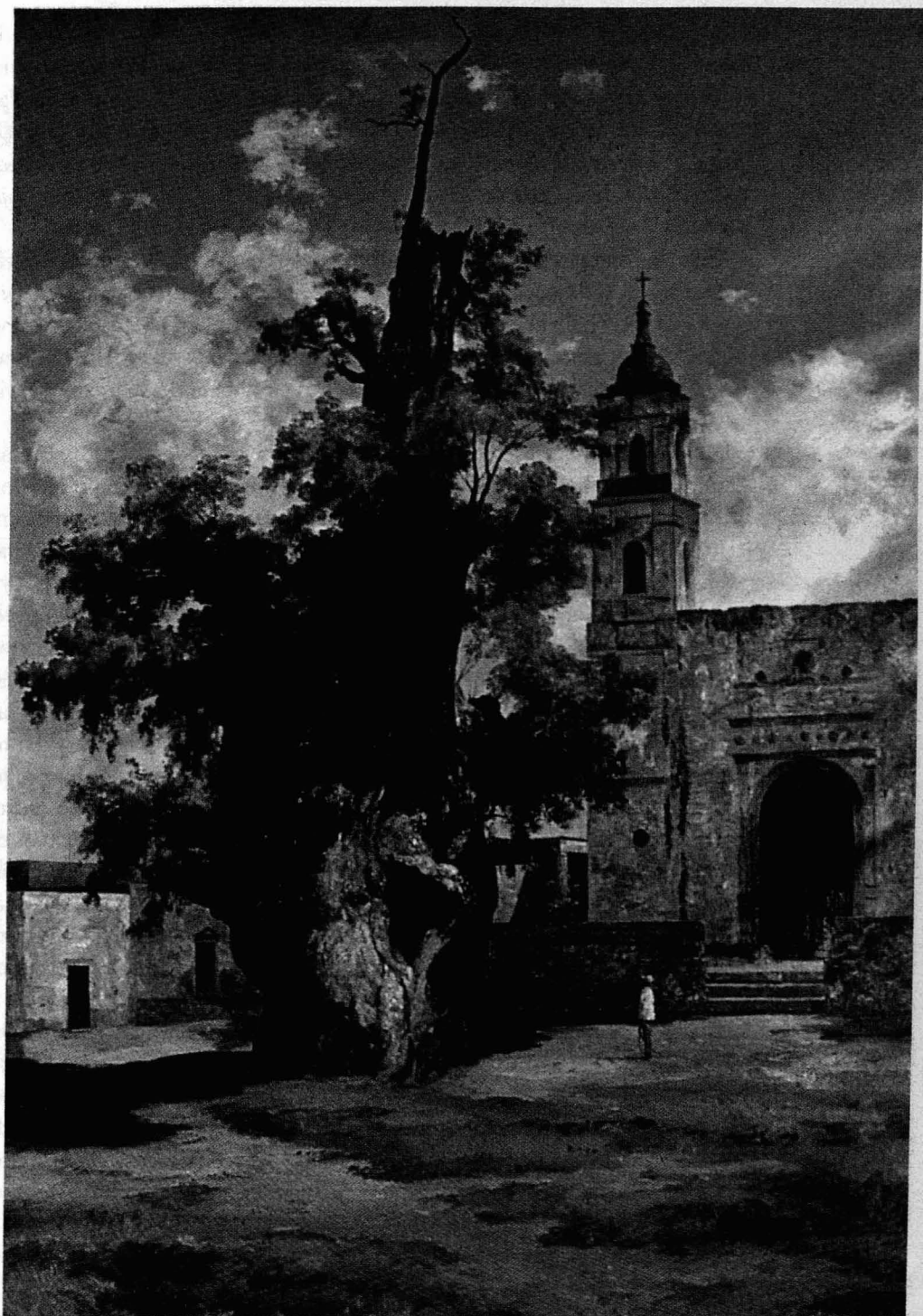
José María Velasco
Hacienda de Ahmalpa, 1893
óleo/tela, Col. Particular



José María Velasco, *Cañada de Metlac*, 1897, óleo/tela, Col. Particular



, Col. INBA



José María Velasco, *Árbol de la noche triste*, óleo/tela, Col. INBA

miación del jurado, ya que las obras de arte no pudieron concentrarse como se había pensado. Velasco consideró esta situación poco favorable para el arte latinoamericano, aunque reconoció que las obras expuestas por México fueron examinadas atentamente y premiadas por su justo valor.

José María Velasco distribuyó las obras en algunas galerías del pabellón mexicano de 140 metros de largo, 70 de ancho y 14 de alto, para lo cual utilizó parte del salón central y dos laterales menores, sin dejar de engalanar la escalera de doble rampa al centro del gran salón, que permitía el acceso al piso superior.

Los artistas mexicanos presentaron 102 cuadros al óleo, de los cuales 68 eran de Velasco y los 34 restantes de veintidós artistas más. En la clase de pinturas diversas y dibujos se expusieron 23 obras, siendo 19 de Velasco y cuatro de otros tantos destacados artistas. Entre las pinturas de Velasco, se encontraban lienzos de notable ejecución como *Barranca de Metlac*,

Vista de Oaxaca, Guelatao, Chapultepec, Arroyo de Tlaxcala, Cardón, Río de San Angel, Pirámide del Sol en Teotihuacan, Río de Tacubaya, Peñón de los Baños, Templo de San Bernardo, Baño de Nezhualcōyotl, Popocatepetl e Iztaccihuatl desde el lago de Chalco, Ahuehuate de la Noche Triste y varias versiones del Valle de México desde la Sierra de Guadalupe. Entre las acuarelas realizadas por José María Velasco estaban una *Olla tolteca*, *Peñascos del Cerro de Atzacoalco* y *Peñascos del Cerro del Tepeyac*, además de varios dibujos como los de *Rocas del Tepeyac*, *Hojas de calabaza* y el *del Castillo de Chapultepec*.

Una aceptación especial despertaron sus telas, que recibieron de la crítica francesa comentarios favorables, como los del francés León Satín, quien aseguró en *La Phaire de la Loire*, que la singular belleza y esplendor de la pintura de Velasco hablaba de un verdadero pintor hijo robusto y sano de su suelo natal. Para Satín los maestros de la pintura clásica de todos los tiempos nada tendrían que decir del correcto dibujo de Velasco, ni los impresionistas de la vitalidad de sus composiciones y colores.

Su pintura *Valle de México desde el Cerro de Santa Isabel*, de 1877, fue la más comentada por el jurado, y recibió innumerables elogios de artistas notables como Meissonier, Bouguerau, Léon Cahn y Chabrien. La singular visión científica y pictórica plasmada en este paisaje destacó a Velasco entre los máximos exponentes de la pintura internacional exhibida en el evento. Este paisaje, pleno del rigor descriptivo de una lámina botánica y geológica y, a la vez, con un luminoso y notable acento en la profundidad y el colorido, superó la parcialidad de los miembros del jurado de la exposición, integrado en su mayoría por franceses, y lo llevó a ser premiado con un diploma y medalla al mérito artístico; premiación que sería confirmada poco tiempo después al ser honrado con la condecoración de Caballero de la Legión de Honor. Otros artistas mexicanos obtuvieron premios, nueve en total: medallas de segunda y tercera clase, así como menciones honoríficas; premios que, según José María Velasco, hubiesen sido más numerosos si hubieran concurrido a París los mejores artistas mexicanos. La ceremonia de premiación de las Bellas Artes de toda la exposición fue realizada en la Galería Principal del Palacio de la Industria, ante 30 mil personas, visitantes distinguidos y el presidente de la República Francesa, Marie-François Sadi Carnot: concurrencia que presenció, como parte del evento, un desfile conformado por todas las comisiones de los países participantes. Una gran orquesta y cantantes amenizaron la ceremonia mientras se leían los nombres de los premiados.

Durante su estancia en la Exposición Velasco visitó con interés el Pabellón Industrial, deseoso de conocer los avances de la producción textil, de la porcelana, cristalería y ebanistería, entre muchas otras. Tal fue el adelanto que encontró que consideró necesario comentar, en su informe al Ministerio de Fomento de México, el atraso de la industria nacional en estos campos, acentuando la escasa y poco desarrollada tecnología y lo bien que haría la sociedad si desarrollara fábricas y talleres que dieran trabajo y preparación a obreros capacitados. También mencionó la fundación de la Escuela de Artes y Oficios en la ciudad de México, que en pocos años había dado buenos resultados por su enseñanza teórico-práctica.

La oportunidad de estar en Europa fue para José María Velasco motivo de visita a otros países, interesado en conocer las espléndidas colecciones artísticas de los principales museos. En compañía de su hijo Francisco, recorrió ciudades como Milán, Venecia, Roma y Nápoles, haciendo una escala en Pompeya y Florencia; en ésta última se quedó seis días para conocer la gran cantidad de obras de arte que albergaba.

Después de este viaje enriquecedor, y ya de regreso en París, donde había concluido la exposición, el pintor recibió un comunicado del Ministerio de Fomento que le especificaba el día de su retorno a México. El 13 de diciembre por la mañana, Velasco y su hijo Francisco salieron de París hacia El Havre y posteriormente, en el barco de vapor español Reina María Regente, cruzaron el Atlántico y desembarcaron en Veracruz tres semanas después. ◇